



PERIÓDICO LITERARIO, RECREATIVO Y MORAL
DEDICADO AL BELLO SEXO.

PRECIOS DE SUSCRICION
o-Véase anuncio en la 4.ª plana-o

DIRECTORA:

PUNTOS DE SUSCRICION
o-Véase anuncio en la 4.ª plana-o

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

SUMARIO.

La Amistad, por Maria del Pilar Sinués.—*A un pájaro muerto*, por Constanza Veree y Nuñez.—*El Clavel rojo*, por Mercedes Gutierrez del Valle.—*Yo*, por Sofia Casanova.—*La luna de miel*, estudio filosófico moral, por Micaela Muñoz de Cavanillas.—Anuncios.

LA AMISTAD.

Dícese—y acaso con alguna razon—que la amistad es más verdadera en el sexo fuerte que en el débil; que dos mujeres no pueden ser amigas por largo tiempo, y que se oponen á esto el amor propio, la envidia, la exagerada susceptibilidad, es decir, todos los defectos con que la opinion pública abruma á la pobre entidad femenina.

Hay, sin embargo, un bello ejemplo de constancia en la amistad, de afecto desinteresado y puro que aducir, para defender á nuestro sexo de estas acusaciones; ejemplo que prueba que la bondad y la tolerancia son los apoyos más firmes de la amistad, y que algunas veces son tambien patrimonio de la mujer.

Hacia el año 1177, vivía en Flesinga, una de las más bellas ciudades de Holanda, una jóven dotada de una linda figura y de un dulce carácter: contaba veinte y seis años y hacia cuatro que era viuda; se llamaba Isabel Wolf. Su marido, que habia sido un sábio naturalista, le habia dejado una corta renta, é Isabel hacia flores para proporcionarse algunos recursos; vivía sola con una anciana criada, y habia conservado una tierna amistad de la niñez. Agata Deken la quería como á una hermana: estaba casada esta señora con un jóven médico, y aunque su posicion no era brillante, hallaba siempre medio de ayudar á Isabel, con esa delicadeza propia de las almas nobles.

Ya le enviaba un ramo de flores que alegrase el modesto gabinete de Isabel; ya un libro amigo de esos, que hablando al alma, no

cansan jamás; ya una bandeja de frutas esquisitas; ya, en fin, iba á hacerle algunas horas de compañía, ó la llamaba para que acompañase á la mesa á ella y á su esposo.

Isabel pagaba este dulce afecto con inmensa gratitud y ternura; siempre que Agata le demostraba su cariño con algun presente, Isabel le daba gracias con unos versos bellos y sentidos: porque Isabel era una inspirada poetisa y consagraba algunos ratos de soledad al cultivo del arte.

Las instancias de Agata y de su esposo decidieron á Isabel á escribir un libro bellissimo, y cuya fama será inmortal: es una coleccion de elegias, titulada *Lamentos de Jacob sobre la tumba de Raquel*: este libro lo compró un editor por muy poco precio, y obtuvo un éxito extraordinario.

Dos años despues escribió otro libro no ménos bello; coleccionó todos los *Cantos populares de Holanda*, y les adicionó algunos nuevos; esta coleccion, formó tres tomos en octavo.

El día en que Isabel Wolf terminó esta obra, fué á comer á casa de los esposos Deken, para celebrar la conclusion de su bello trabajo. Agata tenia dos hijas, dos bellas niñas, á las que Isabel amaba como si fueran suyas, y á las que habia enseñado todo lo que sabia.

—Tambien mamá ha escrito un libro, dijo Elena, la mayor de las dos: ya nos ha leído algunos capítulos de él; y nos ha gustado tanto!

—Se llama el libro de mamá *Historia de Guillermo Levend*—añadió Sidonia, la menor de las niñas.

—Sí, querida Isabel, dijo el doctor con satisfaccion: mi mujer ha escrito un libro: la primera novela que se ha compuesto en holandés, puesto que hasta ahora solo se habian escrito narraciones sencillas y articulos sueltos sin importancia.

—Y ahora que tambien en esto nos parecemos, querida Isabel, dijo Agata, es preciso que vivamos juntas y que nos consultemos nuestros trabajos literarios.

Isabel Wolf comprendió toda la ingeniosa delicadeza de este pretesto para hacerle aceptar una hospitalidad generosa: pero se excusó con Agata, y siguió en su casita viviendo modestamente del producto de sus flores y de su corta pensión.

Un acontecimiento inesperado vino á cambiar la situación de las dos amigas: el doctor Deken murió, y su viuda rogó á Isabel que, deponiendo todos sus escrúpulos, fuese á vivir con ella y á acompañarla en su dolor.

En las grandes crisis de la vida no son los consuelos vulgares ni la compañía de los indiferentes lo que nos alivia: solo un afecto sincero y profundo, llena el vacío abierto por la muerte y por el dolor. Isabel consoló á su amiga y la reconcilió con la vida, y Agata la obligó á que dejase sus labores manuales, y á que dividiese el tiempo de la misma manera que ella lo hacía, entre la educación de Elena y de Sidonia, y la literatura.

Dos años después, Isabel y Agata dieron al público suscrita por las dos, la continuación de *Guillermo Levent*, y otras varias obras que fueron acogidas con gran entusiasmo, y cuando se casó—siendo aun muy joven—la mayor de las señoritas Deken, las dos amigas acompañadas de Sidonia, viajaron por Francia é Inglaterra.

Durante algunos años, escribieron estas dos distinguidas señoras, y vivieron juntas en la mejor armonía. El 5 de Noviembre de 1804 murió Isabel, y Agata la siguió al sepulcro nueve días después, dándole así la última prueba de su tierno afecto.

Algun tiempo después, la sociedad de Ciencias y Artes de Amsterdam, queriendo tributar un público homenaje á la virtud y al talento de las dos amigas, honró su memoria con unos magníficos funerales, á los cuales asistieron cuantas personas importantes residían en la población.

Tal es el ejemplo elocuente que desmiente el aserto de que entre dos mujeres no es posible la amistad.—Cuando hay sensibilidad en el corazón y benevolencia en el carácter, la amistad nace como flor delicada, crece como lozano arbusto, y llega á ser árbol robusto, cuyas hondas y profundas raíces, solo arranca la mano de la muerte.

Mas para alcanzar este resultado, es necesaria gran dosis de abnegación; es preciso dar mucho cariño é interés, y en cambio exigir poco; porque si nos empeñamos en disfrutar todas las delicias del trato social sin sufrir ninguna de sus molestias, si queremos ante todo nuestro bien sin pensar en el ajeno, ni la amistad ni el amor nos acompañarán en el largo y fatigoso camino de la vida, y estaremos solos, no solo en el dolor, sino también en la alegría, lo cual constituye el mayor castigo del egoísmo humano.

María del Pilar SINUES.

Á UN PÁJARO MUERTO.

(EN EL ALBUM DE UN PINTOR.)

Con una triste verdad
Has pintado indiferente
A un pajarillo inocente
Herido con impiedad.
De su pecho la mitad
Con tu diestra ejecución
Rasgaste sin compasión;
¿Por qué les has pintado así?...
¿Será que te gusta á tí
Herir en el corazón?

Constanza Vera y NUÑEZ.

EL CLAVEL ROJO.

I.

Es un recuerdo.

Pero un recuerdo dulce, vago, adorable, como son todos los que se dibujan á través de la deliciosa bruma de la primera juventud.

¿Y cómo han pasado ya aquellos breves instantes, cómo se han deslizado fugazmente aquellas ilusiones encantadoras!

Y han pasado como pasa en la noche la estrella errante en el oscuro cielo.

Y han desaparecido como el grato perfume de un cáliz perfumado que apenas conserva entre sus hojas secas huella alguna de su aroma.

¡Pobre clavel!... Acaso...

Pero divagaba: os iba á contar una historia, y el recuerdo de un clavel rojo me hizo retroceder algunos años: escuchadme, seré breve.

II.

Había luz, perfumes, brisas; trinaban las aves alegremente, y allá en el oscuro fondo del bosque, murmuraba el arroyuelo dibujando en sus cristales flores y cielo.

Era una tarde bella y espléndida, Mayo vestía sus caprichosas galas; no había ni nubes en el firmamento ni sombras en la tierra.

Después de una ausencia de mucho tiempo, ella había vuelto á verlo: cómo resonaron otra vez en sus oídos sus dulces palabras, sus amantes promesas!... Abrióse su corazón á aquel acento adorador, como abre la flor el cáliz á las caricias del sol que la reanima.

Y revivieron á aquella voz ilusiones moribundas, surgieron entre las sombras del desconsuelo, ricas fantasías, puras creencias, santas esperanzas, dando vida y consuelo á un alma joven y apasionada.

¡Y con cuánta gratitud, con cuánto delirio brotó una lágrima de sus ojos, testimonio del dolor que huía y de la dicha que lo reemplazaba!

Y después, muda, estasiada, ansiosa, recibió de sus manos el clavel que él llevaba sobre su pecho: y ella lo estrechó furtivamente, y lo prendió sobre su corazón, y con su alma, ya que no con sus labios le envió un beso, beso infinito, beso de indescribible amor.

III.

Volvió la soledad en torno de ella: encontráse otra vez sola, pero con sus frases de amor grabadas en su alma, con su pasión pura y rejuvenecida al influjo de su ternura: entonces desprendió el clavel de su pecho, lo contempló embriagada: vió en el rojo color de sus hojas el reflejo de su amor inmenso, aspiró en su perfume el encanto de sus esperanzas, admiró en la ternura de sus hojas la frescura y lozanía de sus ilusiones: lo acarició con trasporte y se dedicó á cuidar aquel clavel, emblema de su amor infinito.

Y cual madre cariñosa que vela noche y día por el hijo de su alma, así ella lo cuidó solícita, lo preservó de la tempestad que pudiese ajarlo... mas ¡ay! vió con terror que sus hojas perdían su brillo y cómo el color rojo se trocaba en color amarillento, lo aspiró, y no encontró apenas su aroma: exhaló un gemido, y sus lágrimas bañaron, sin poder reanimarlo, el místico cáliz de la triste flor.

IV.

¡Pobre criatura que vé hoy cifrada su felicidad en un dulce y triste recuerdo!

¡Pobre mujer que ha visto desvanecerse su amor, perderse su sueño como se desvaneció perdido el perfume y color de un clavel rojo!

Y miradla... abre á veces con mano trémula la pequeña tumba donde el clavel yace: no posa en él sus labios vehementes; el dolor es más apático que la felicidad; una larga mirada amarga y melancólica, poema sublime de resignación y ternura, fija algunos momentos en la flor marchita, la acerca á sus labios, y con un suspiro ahogado vuelve á cerrar la caja que la encierra.

Y ese suspiro, lectoras mías, es la oración fúnebre por una felicidad que ya no existe.

V.

¿Quién de vosotras, quién en el santuario de vuestra conciencia no tiene una historia quizá muy parecida á la del clavel rojo?

Tiernas criaturas que abris el cáliz á los halagos de la vida, á vosotras no me dirijo: la felicidad orea vuestras frentes con sus blandos besos; gozad de vuestra alegría: gozad con ansia, con ambición; la dicha es una página que se llena muy pronto en la historia de la mujer.

Pero vosotras, las que habeis amado con todos los amores, las que habeis sufrido con todos los desengaños, á vosotras dedico este recuerdo, porque vosotras me comprendéis, y recordareis aquellos dulces sueños de la juventud primera, iluminados de fé y esperanza.

¡Y llorareis al recordar cómo han perdido los sueños su color rosado, la esperanza su vago aroma, las ilusiones su lozanía y su tersura, quedando de aquella existencia tan brillante un recuerdo en el corazón, y una tumba en el alma!...

¡Oh, lectoras mías, las que amais aún, las que teneis fé, no mireis en una flor el emblema de vuestros amores, no circunscribais la duración de su vida á vuestra dicha, porque su existencia es muy efímera, y es muy doloroso ver una flor marchitarse, y más aún, si la flor que se os marchita, es un clavel rojo!...

Mercedes Gutierrez de VALLE.

YO.

Soy rubia, como rubias son las mieses
Que dora el sol de estío al declinar,
Soy triste como el pálido lucero
Nacido entre la luz crepuscular.

Canto porque mi canto es un suspiro
Y el suspirar mitiga el padecer:
Yo llevo entre la sombra de mis penas
De la esperanza el vago amanecer.

Soy yedra abandonada que no tiene
Ni arbusto en que sus ramas apoyar.
¡Pobre yedra que vive agonizando
En la atmósfera oscura del pesar!

Soy pobre, como pobre el descreído,
Soy rica, como rica es la ilusión;
Que si pobre es mi hogar y mi fortuna,
Soy rica con la fé en el corazón.

Sofía CASANOVA.

LA LUNA DE MIEL.

ESTUDIO FILOSÓFICO-MORAL.

¿Sabeis lo que es la luna de miel?

Un escritor de nuestra época ha dicho que la luna de miel es el espacio de tiempo que media desde que el sacerdote echa la bendición, hasta el primer bostezo del marido.

Esta definición, bellas lectoras, por poco lisongera que os parezca, es bastante exacta; inatacable como toda verdad: por lo tanto, sería inútil cuanto por negar ó combatirla pudiéramos decir.

Lo esencial, pues, lo urgente, es ver la manera de evitar ese fatal bostezo, ó por lo ménos de retrasarlo por un tiempo indefinido.

¡Oh, la luna de miel!

Período encantado, todo armonía, todo resplandores, todo perfumes, todo auroras rosadas, todo amor, todo felicidad...

¿Por qué no dura siempre la luna de miel?

¡Porque siempre... es mucho tiempo!

Porque es necesario comer, porque es necesario dormir, es necesario ocuparse de su familia, de sus negocios si se tienen, de sus amigos... Es necesario comprar, vender, contratar, etc.; porque esta es la vida y durante la luna de miel no se hace nada, no se vive...

La luna de miel consta de cuatro cuartos como todas las lunas.

Luna nueva, naciente, un poco pálida... porque la luz, el fuego, aún no ha tomado vuelo. Cuarto creciente, pleni-lunio, y... cuarto menguante.

La luna de miel es el imperio de la esposa, su reinado absoluto más ó ménos duradero... Porque esta duración depende de la simpatía, de los caracteres, del exceso ó carencia de sensibilidad, del talento, y hasta del estado de la atmósfera...

Pero las hay tan hábiles, de tan buena maña, que á partir de aquel período feliz ya no vuelven á soltar el cetro. Puede pasar la luna de miel, puede el esposo hasta descoyuntarse las mandíbulas á fuerza de bostezar... ¡Pero el cetro queda en sus manos!

Estas son una inmensa mayoría y el secreto de su dominio consiste en su cariño, en su talento, en su tacto y en su sinceridad... Porque á estas armas no hay poder, ni autoridad conyugal, ni derecho que no se doblegue y que no se doblegue con gusto.

De estas existe una como *variedad de la especie*, algo bastardd a.

Son esa especie de mujeres-maniquí, tan celebradas de los hombres dominantes y de los solterones egoístas que se deciden á inclinar la cerviz bajo el yugo matrimonial al rayar en el medio siglo. Eternos *sacristanes de amen*. que no se permiten una observación nunca, que no razonan ni discuten jamás, que jamás tienen celos, ni antojos, ni mal humor: que no piden nada, ni desean nunca nada: que no solamente no pretenden mandar, sino que obedecen siempre sin análisis, sin exámen, aunque la cosa mandada sea en detrimento de su amor propio y de su dignidad.

Desconfiad siempre de estas, pollos casaderos.

Por lo regular, el pobre marido de una de semejantes *moscas-muertas*, se suele hallar á la vuelta de un año tan perfectamente ligado de piés y manos, sin siquiera apercibirse de ello, así sea un Séneca, que ni la libertad de bostezar le queda.

Las hay también de génio tan abierto, tan franco, tan *pelulante*... tan exhuberantes de vida, de alegría, de necesidad de ruido y de movimiento, que parece que mandan sin mandar; que pasan por dominantes sin serlo: que se entadan sin motivo, y se contentan ellas solas cuando más debieran sostenerse: que no saben guardar moderación ni en sus exageradas caricias, ni en sus repulsas inmotivadas; que toleran hoy lo que ayer fué causa de gravísimo disgusto, y vice versa...

El reinado absoluto de estas no llega nunca hasta el cuarto menguante. El marido no bosteza. Lo que hace es principiar á considerarse nuevamente como soltero desde la mitad del pleni-lunio.

Y las hay, finalmente, tan melosas, tan constantemente azucaradas, tan *abrumadoras*, por la superabundancia de sus caricias, por su ternura inagotable y por sus suspiros eternos, que á fuerza de amar acaban por causar en el corazón y en el alma del pobre esposo el mismo efecto que causa en el estómago el abuso de los merengues...

Con estas no hay lugar á luna de miel, ni á bostezos ni á nada...

Así, su reinado es tan efímero como el de la rosa... *¡Flor de un día!*

En el primer período, en la primera *fase* de la luna de miel, ó sea en el cuarto de *luna nueva*, la esposa no ama todavía bastante porque se lo impiden la timidez, el temor, el disgusto de separarse de su madre y de sus hermanas, y otra porción de cosas muy naturales que ni yo acertaría á explicar, ni vosotras á comprender.

El esposo por el contrario.

En este primer período es cuando él ama con alma, vida y corazón; con todos sus sentidos y potencias; con locura, con verdadero frenesí, con arrobamiento; con entusiasmo indecible.

Entonces no usa más espejo que vuestros ojos azules, negros ó pardos... ¡Todos los colores le parecen bien!

No quiere más copa que vuestros labios... Allí lo bebe todo. El amor, la fé, la inspiración si es poeta... el valor, el heroísmo, si es alumno de Marte... La esperanza, la felicidad, la vida...

Entonces no acierta á pronunciar—fuera del verbo *amar* conjugado en todos sus tiempos activos y pasivos,—más palabra que un sustantivo:—cuidado.

¡Cuidado con el sol! ¡cuidado con el aire! ¡cuidado con la humedad del jardín! ¡cuidado con las espinas de ese rosal! ¡cuidado con un tropezón!... y hasta ¡cuidado con las ballenas de vuestro corsé!... ¡Cuidado con todo!

En el cuarto *creciente*, crece también el amor de la recién casada. Empieza á estar ménos tímida: á adquirir más confianza. No echa tanto de ménos la casa paterna... Su marido es infinitamente más alegre que el papá, y mucho más complaciente, y no se incomoda por cualquier friolera como él, ni regaña, ni es tan sério.

—¿Cómo habrá podido la pobre mamá tolerar por tantos años con paciencia, la severidad del aspecto de papá?...—se pregunta.—¡Parece imposible!

En este segundo período, el amor del esposo no crece más, porque es imposible, porque no hay términos hábiles para ello. Bastante hará con sostenerse á la misma altura.

Llega el pleni-lunio, y entonces el amor de la esposa llega hasta lo infinito.

Ya no siente rubor mortificante, ni cortedad, ni temor, ni pesar por la ausencia de su familia, ni nada... ¡Ya no siente más que amor!

En cambio el amor del esposo suele hacer punto.

No es esto decir que deje de estar enamorado... ni siquiera que ame ménos; nó. Es únicamente, que principia á amar con más sosiego.

Hasta entonces ha amado él: ha amado con su corazón entero, con su alma toda, para satisfacer una necesidad imperiosa de su espíritu... ¡de todo su ser!..

En lo sucesivo *se deja amar*.

Corresponde á todos aquellos dulces trasportes de la pasión que inspira. Pero no hace más que *corresponder*.

La media luna del cuarto menguante aparece al fin...

¿Menguaba también con él, el amor delirante de la esposa?...

¡Oh! nó... ¿Quién podría hacerlo menguar? Todo lo contrario.

Cada día, cada hora, cada minuto que pasa, le aumenta un nuevo quilate.

A cada nueva mirada, descubre un encanto nuevo en sus ojos, en su frente, en su boca, en las ondulaciones de su cabellera... Un encanto imposible ya de romper, y que encadena más y más su corazón á medida que pasa el tiempo.

En este último cuarto, los arrebatos de pasión del feliz esposo, aquellos que constituían su estado normal en el primero, no aparecen ya más que á ráfagas... á *bocanadas*... como los gruesos vientos primaverales que arrastran hasta nosotros el vago perfume de las lejanas rosas silvestres.—Este es el momento crítico. (*Se concluirá*)

Micaela Muñoz de CAVANILLAS.

Solución á la charada del número 6.º:

CABECEA.

Imprenta de Campuzano hermanos, Ave María, 17.

